

nas, en París como en Biarritz..... Aunque muchas mujeres, favorecidas por la naturaleza y por la fortuna, hayan causado admiración y recibido homenajes en la corte, jamás se ha oído decir que ninguna de ellas hubiera contrabalanceado y mucho menos ofuscado el esplendor de la emperatriz.»

Se agradecía á la nueva soberana que hiciera revivir las tradiciones más brillantes de la antigua monarquía: se hacía simpática hasta á los adversarios de la dinastía napoleónica. Antes de su casamiento había concurrido á los salones legitimistas y orleanistas, en los que había dejado gratos recuerdos. Todos cuantos en 1853 la han visto, ya sea en el bosque de Boulogne, en su coche á la Daumont precedido de un batidor y seguido de un palafrenero, ó ya en el palacio de las Tullerías, en donde llevaba con tanta majestad los diamantes de la corona en las noches de gran baile, no podrán olvidar jamás su deslumbradora imagen. Todo el mundo se apresuraba á saludarla en el paseo ó la contemplaba con gusto en el teatro, donde se la recibía con aplausos á su entrada en el palco imperial.

En 1853 la emperatriz Eugenia no se ocupaba en política: no necesitaba ejercer una influencia especial porque había conformidad absoluta entre sus sentimientos y los del emperador. La política de Napoleón III era entonces esencialmente conservadora y religiosa. Presintiendo que tendría que luchar en breve con Rusia, se habría guardado de disgustar al Austria porque la necesitaba.

Protector del Papado, aparecía como un moderno Carlomagno, y no daba á entender en modo alguno su intención de renunciar á un papel que le conciliaba las ardientes simpatías del clero y las de los católicos de Francia y del mundo entero. La emperatriz tenía, pues, la gran satisfacción de participar en absoluto de las ideas de su esposo.

Inteligente, activa, instruída, llevaba un género de vida muy bien ocupado. Dedicaba parte del día á hacer obras benéficas. El resto lo empleaba en preparar su papel de soberana, dar audiencias, dedicarse á la lectura de obras serias, adquirir conocimiento de las nuevas y ponerse al corriente del movimiento de las letras y las artes.

En resumen, al principio de su reinado todo sonreía á la emperatriz Eugenia. Era verdaderamente popular porque tenía tres cualidades cuya mezcla formaba el conjunto más armónico: belleza, bondad y caridad. Desde las catástrofes que á tan ruda prueba la han sometido, la augusta viuda de Napoleón III recuerda con gusto aquella época en que brilló con tanto esplendor. No dice, como el Dante, que no hay mayor dolor que recordar los tiempos felices en los días de infortunio.

### III

#### LAS TULLERÍAS

La fisonomía de los palacios depende en gran manera de las personas que los habitan. El de las Tullerías tenía un aspecto triste y siniestro en la época en que fué profanado por la muchedumbre; pero convertido en residencia de un monarca poderoso y de una soberana resplandeciente de belleza, y centro de un gobierno joven y fuerte, recobró su antiguo prestigio. Parecían borrados los recuerdos lúgubres unidos á su historia, y estaba embellecido, restaurado, rejuvenecido. Acercábase el momento en que, completado con la terminación del Louvre, con el cual no debía formar más que un solo y mismo palacio, constituiría la más grandiosa y majestuosa de las residencias del mundo. Jamás tuvo Roma, ni aun en tiempo de los Césares, un edificio semejante.

En el tomo anterior hemos descrito el primer baile que se dió en las Tullerías en tiempo de Napoleón III, y con este motivo hemos echado una ojeada sobre las habitaciones del primer piso: sala de las Vigas, galería de la Paz, sala de los Mariscales, salón Blanco (llamado más adelante salón del Primer Cónsul), salón de Apolo, sala del Trono, salón de Luis XIV y galería de Diana.

El emperador y la emperatriz comían todas las noches á las siete y media en el salón de Luis XIV. Un busto monumental del Rey Sol decoraba la chimenea de este salón, y entre dos balcones había un retrato de este monarca en su edad madura, pintado por Lebrún. En el entrepaño de enfrente estaba la copia hecha en tapices de los Gobelinos del cuadro de Gerard que representaba á Luis XIV declarando rey de España á su nieto. Enfrente de la chimenea había un retrato de Ana de Austria regente, teniendo á su lado al joven Luis XIV con traje infantil y cubierto del manto real, y sentado en sus rodillas á su segundo hijo, el duque de Orleáns.

Mme. Carette, lectora y luego dama del palacio de la emperatriz Eugenia, ha hecho en sus *Recuerdos íntimos de la corte de las Tullerías* una descripción muy exacta de la comida diaria del emperador y la emperatriz. Todas las personas que formaban el servicio de honor asistían á ella. Este servicio estaba compuesto del modo siguiente: dos damas de la servidumbre de la emperatriz, un oficial general ayudante de campo del emperador, un chambelán de éste y otro de su esposa, un caballero del primero y otro de la segunda, un intendente de palacio y dos oficiales de órdenes.

Todos los días comía con los emperadores el oficial que mandaba la guardia de las Tullerías, y como la guarnición de París era numerosa, rara vez comía dos veces un mismo oficial. Como éstos no conocían á nadie, estaban como cortados; pero SS. MM. nunca dejaban de dirigirles con agrado la palabra.

Para anunciar la comida, uno de los maestresalas acudía á avisar al intendente, el cual se acercaba al emperador y le hacía una silenciosa reverencia. Entonces el emperador daba el brazo á su esposa, el ayudante de campo y el chambelán ofrecían su brazo á las dos damas, el intendente precedía al emperador y todos pasaban al comedor.

La emperatriz tomaba asiento á la derecha de su esposo, y enfrente de éste se sentaba el general Rolin, ayudante general de palacio, que dirigía, fiscalizaba y vigilaba todo el servicio en las residencias imperiales. La comida nunca duraba más de tres cuartos de hora.

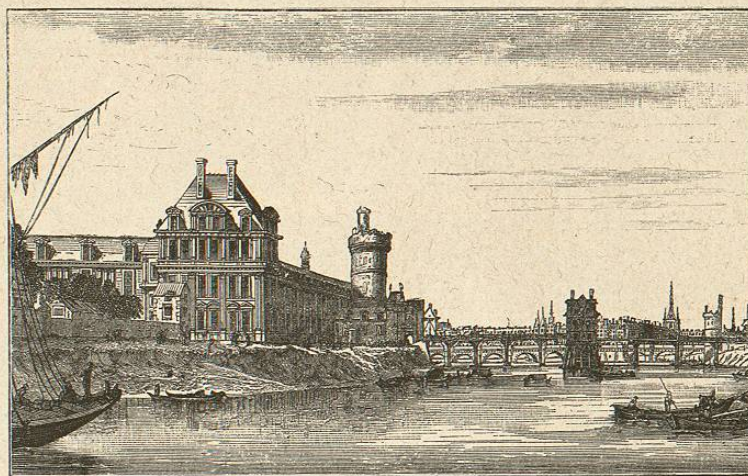
El salón de Luis XIV, que servía así de comedor, era la estancia que en la época del antiguo régimen se designaba con el nombre de cámara del consejo ó gabinete del rey, y en tiempo de Napoleón I, salón del Emperador. En el momento de las comidas se ponían grandes biombos para ocultar las idas y venidas de la servidumbre, y había mesas volantes para trinchar las viandas y poner la vajilla. Terminada la comida, todo esto desaparecía, y el salón de Luis XIV recobraba su aspecto de pieza de aparato que en nada parecía un comedor. En este salón se reunía el cuerpo diplomático los días de gran recepción y se hacían las presentaciones.

Después de comer, los comensales se trasladaban al salón de Apolo pasando por la sala del Trono. El salón de Apolo era una espaciosa habitación amueblada con gran lujo. Los muebles eran de madera dorada, y los cortinajes de damasco blanco y encarnado: había allí un piano de cola, una mesa con barajas en sus estuches, un gran canapé giratorio con una jardinera de flores, veladores y consolas llenos de libros ilustrados, álbums, tederos, lámparas y tres grandes arañas cargadas de bujías que se encendían todas las noches. El entrepaño del fondo representaba á Apolo en el Olimpo, rodeado de las nueve musas, y en el techo estaba pintado el carro del sol.

El salón de Apolo comunicaba con las habitaciones de la emperatriz, situadas también en el primer piso, y se componía de las piezas siguientes: cámara de los ujieres; el salón verde, donde estaban las damas de servicio y los chambelanes; el salón rosa, donde aguardaban las visitas antes de ser recibidas; el salón azul, donde la emperatriz les daba audiencia; el gabinete de trabajo de S. M., su biblioteca, su retrete, su alcoba, dos piezas adornadas con tapices y otra que era la sala de los guardias.

Las habitaciones del emperador, situadas en la planta baja, estaban precisamente debajo de las de la emperatriz y contenían las piezas siguientes: la sala de los ujieres; el salón de los chambelanes de servicio; un salón que precedía á la sala del Consejo de ministros; la sala del Consejo, que comunicaba con el jardín

por una bonita escalera de doble rampa con baranda esculpida. Estas cinco piezas, que entre todas tenían doce ventanas, daban al jardín y ocupaban el espacio que mediaba entre el pabellón del Reloj y el llamado pabellón de Bullant. A continuación de este último seguía el dormitorio del emperador con tres ventanas que daban al jardín y colocado debajo de la alcoba de la emperatriz: una escalera interior ponía estas dos piezas en comunicación. Las salas que ocupaban en seguida el espacio comprendido entre el pabellón de Bullant y el de



Tullerías. - Pabellón de Flora y galería contigua al río (1700)

Flora y tenían siete ventanas que daban al jardín, estaban destinadas á los secretarios del emperador.

La planta baja, de la que acabamos de enumerar las piezas del lado del jardín, estaba separada en toda su longitud de la parte que daba al patio por un angosto y oscuro corredor alumbrado con lámparas que tenían globos de cristal deslustrado. Entre las habitaciones del lado del patio citaremos, partiendo del pabellón de Flora, una sala de espera, la de los oficiales de órdenes, las habitaciones que fueron más adelante las del príncipe imperial, la sala del jefe de los ujieres, el salón de estuco donde almorzaba diariamente la servidumbre de guardia y en donde la corte comía las noches de baile, cuando el salón de Luis XIV estaba ocupado por los preparativos de la fiesta.

Los domingos, el emperador, con uniforme de general de división, y la emperatriz, con traje de mañana, oían misa en la capilla de palacio. Esta capilla, inmediata al pabellón de Marsán, estaba en el antiguo emplazamiento de la sala de Máquinas y del local donde celebró sus sesiones la Convención desde el 10 de mayo de 1793 hasta el 26 de octubre de 1795. Se hacían invitaciones especiales para la misa de las Tullerías, pero los generales y los oficiales superio-

res podían asistir á ellas sin ser invitados. El general Du Barail ha descrito en sus *Recuerdos* su ceremonial invariable y sencillo. Los oficiales generales y superiores, todos de uniforme, y las personas invitadas entraban en el palacio por el pabellón del Reloj, subían por la gran escalera de la derecha y pasaban á la galería que servía á la vez de vestíbulo y de tribuna de la capilla. A las doce en punto un ujier abría de par en par la puerta y anunciaba al emperador. Entonces aparecía una comitiva, compuesta de este modo: dos caballeros, dos chambelanes, los oficiales de órdenes y los grandes dignatarios de la corona, todos de uniforme. Venían á continuación el emperador dando el brazo á la emperatriz, á la cual acompañaban su dama de honor y las damas de palacio. El mariscal comandante en jefe del ejército de París y el comandante de la guardia imperial, seguidos de sus ayudantes de campo, cerraban la marcha. La ceremonia era breve, excepto en Cuaresma, época en la que se predicaba un sermón. Después de la misa los emperadores pasaban por la galería de la Paz, donde estaban ya los oficiales generales y superiores que acababan de asistir á ella.»

En 1853 las personas adscritas al servicio del emperador eran las siguientes:

#### I. — CUARTO CIVIL

*Ministro de la casa de Su Majestad:* Aquiles Fould.

*Primer capellán:* Monseñor Menjaud, obispo de Nancy.

*Segundo capellán:* el P. Tirmache, el antiguo cura de Ham.

*Capellanes:* los PP. Mullois, Versini, Liabœuf y Laine.

*Gran mariscal de palacio:* el mariscal Vaillant.

*Ayudante general de palacio:* el general Rolin.

*Intendentes de palacio:* el coronel barón de Beville, el barón de Meneval, M. Merle, M. de Montbrún, M. de Varaigne.

*Aposentadores:* El conde Lepic, M. Morio de Lisle, el barón Emilio de Tascher de la Pagerie.

*Gobernador de las Tullerías, del Louvre y del Eliseo:* el general Vandrey, que había tomado parte en la intentona de Estrasburgo.

*Gobernador de Saint-Cloud:* el coronel Thirion.

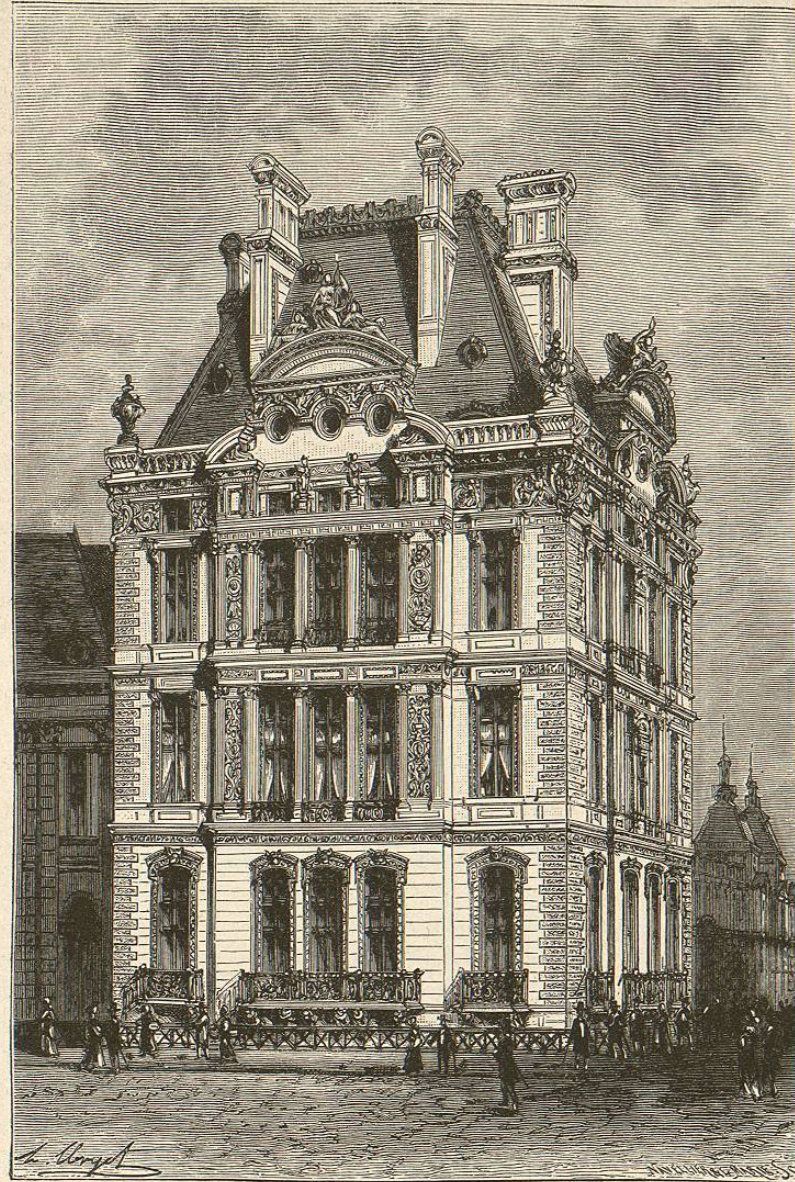
*Gran chambelán:* el duque de Bassano.

*Primer chambelán, superintendente de las funciones de la corte, de la música de la capilla y de la cámara:* el conde Bacciochi.

*Chambelanes:* el duque de Tarento, el marqués de Belmont, el conde de Chaumont-Quitry, el marqués de Gricourt (que había tomado parte en la tentativa de Estrasburgo), el conde de Arjuzón, el conde Oliverio de Walsh, el vizconde Rodolfo de Ornano y el caballero de Fondeville.

*Secretario del emperador, jefe del gabinete:* M. Mocquard.

*Subjefe:* M. de Dalmas.



El pabellón de Flora en las Tullerías, después de su restauración en la época napoleónica

- Caballerizo mayor:* el mariscal de Saint-Arnaud.  
*Primer caballerizo:* el coronel Fleury.  
*Caballerizo comandante:* M. de Valabrègue, jefe de escuadrones.  
*Caballerizos:* el vizconde de Románs, el marqués de Puigsegur, el vizconde de Aure, M. Bachón (caballerizo honorario), M. de Burgh.  
*Montero mayor:* el mariscal Magnán.  
*Primer montero:* el coronel conde Edgardo Ney.  
*Comandante de las cacerías de tiro:* el marqués de Toulangeón, jefe de escuadrones.  
*Tenientes de montería:* el barón Lambert, el barón de Latour-Maubourg.  
*Teniente de las cacerías de tiro:* el barón Delage.  
*Gran maestro de ceremonias:* el duque de Cambaceres.  
*Introduutores de embajadores:* M. Feuillet de Conches, el barón de Chateaubourg.  
*Ayudantes de ceremonias:* el barón de Lajus, M. Julio Lecocq.  
*Tesorero general de la corona:* M. Bure.  
*Tesorero de la caja particular:* Carlos Thélin (el antiguo ayuda de cámara, que había contribuido á la evasión de Ham).  
*Primer médico del emperador:* M. Conneau (que no se había separado de él desde la muerte de la reina Hortensia en 1837).  
*Médicos y cirujanos ordinarios:* Andral, Rayer, Jobert de Lamballe, el barón Larrey.  
*Cirujano comadrón:* el barón Pablo Dubois.  
*Música de capilla y de cámara:* Director, Auber; pianistas acompañantes, Alary y Labarre.

## II. — CUARTO MILITAR

- Jefe del cuarto militar:* el mariscal Vaillant.  
*Ayudantes de campo del emperador:* los generales de división conde Roguet y Canrobert; los generales de brigada conde de Goyón, conde de Montebello, barón de Lourmel, Espinase y Vandrey; los coroneles barón de Bewille, conde Edgardo Ney, Fleury.  
*Oficiales de órdenes:* barón Exelmans, comandante de los yates de Su Majestad; los jefes de escuadrones marqués de Toulangeón, Favé, barón de Meneval, los capitanes de Cambriels, barón de Berkheim, barón Petit, Merle, Tascher de la Pagerie, príncipe de La Tour d'Auvergne y Morand.  
 La servidumbre de la emperatriz se componía en 1853 como sigue:  
*Camarera mayor:* la princesa de Essling.  
*Dama de honor:* la duquesa de Bassano (esposa del gran chambelán del emperador).  
*Damas de palacio:* la condesa de Montebello (esposa del general ayudante

de campo del emperador), la condesa Feray d'Isly, la vizcondesa de Lezay-Marnesia, la baronesa de Pierre, la baronesa de Malaret, la marquesa de las Marismas, la marquesa de Latour-Maubourg.

*Dama lectora:* la condesa de Pons de Wágner.

*Gran maestre del cuarto de la emperatriz:* el conde Tascher de la Pagerie.

*Primer chambelán:* el conde Carlos de Tascher de la Pagerie, hijo del gran maestre.

*Chambelán:* el vizconde de Lezay-Marnesia.

*Caballerizo:* el barón de Pierre.

*Secretario de los comandantes:* M. Damás-Hinard.

*Bibliotecario:* Saint-Albin.

Por un decreto del 24 de marzo de 1854 se creó un cuerpo de caballería escogida para la custodia del emperador y el servicio de los palacios imperiales: este cuerpo llevó la denominación de escuadrón de los cien guardias de á caballo; se componía de once oficiales, uno de ellos teniente coronel, comandante, y de ciento treinta y siete soldados. Alberto Verly, hijo de un oficial distinguido que mandó este cuerpo escogido, da los detalles siguientes en su obra titulada *El escuadrón de los cien guardias*: «Los cien guardias llevaban la derecha sobre los demás cuerpos de tropas. El uniforme de gala se componía para los sargentos, brigadas y soldados de caballería, de levita de paño azul celeste con los faldones forrados de tela de color de amaranto, de coraza de acero bruñido, de agujetas de oro y seda encarnada, de calzón de ante, de un casco de acero bruñido con una placa de cobre de forma triangular que tenía en relieve una N rodeada de dos ramas de laurel y sobrepuesta una corona imperial. En el uniforme de gala de servicio á pie en el interior de los palacios imperiales se sustituía la coraza por un jubón de paño fino, y en el peto estaban bordadas las armas imperiales en oro y relieve. Los parisienses que han vivido en la época del segundo Imperio no habrán olvidado el efecto decorativo que producían los cien guardias, ya cuando en sus magníficos caballos negros ó bayos escoltaban al emperador, ó bien cuando aparecían, en las noches de los grandes bailes de las Tullerías, inmóviles como estatuas, con su casco y su coraza, en cada escalón de la escalinata de honor.»

Durante los primeros meses que siguieron al casamiento del emperador, el palacio de las Tullerías estuvo tan brillante como animado. Nadie pensaba aún en la eventualidad de una guerra próxima, y ninguna inquietud, ninguna preocupación turbaba los placeres de la corte. Diéronse en las Tullerías muchos bailes durante el Carnaval, y durante la Cuaresma muchos conciertos en los que tomaban parte los mejores cantantes de ambos sexos. Todos los jueves por la noche SS. MM. recibían á los altos funcionarios y sus esposas.

El duque de Bassano, gran chambelán del emperador, y la duquesa, dama de honor de la emperatriz; el general conde de Tascher de la Pagerie, gran maestre de la casa de la emperatriz; su hijo y su nuera; los condes Charles; su

hija la condesa Estefanía, canonesa, vivían en las Tullerías en las habitaciones situadas junto al pabellón de Marsán y que daban á la calle de Rívoli. Las veladas semanales del duque de Bassano, los viernes, y del conde de Tascher de la Pagerie, los miércoles, eran muy elegantes. «En aquella época se divertían de veras, ha escrito la condesa Estefanía. Recuerdo que una noche se le ocurrió á mi hermano dar un baile al que todos los convidados debían ir vestidos de *pierrots* y de *pierrettes*. Estaba la fiesta en su auge cuando de pronto invadió los salones una comparsa de dominós. Mi hermano la recibió con agrado, y todos respetaron su incógnito, lo que no impidió que sospechásemos que nuestros ilustres vecinos habían invadido nuestra frontera, seguidos de algunas personas de su intimidad. Lo cierto fué que aquellos amables dominós parecían distraerse mucho con nuestra alegría y aun participar de ella.»

Esta fiesta dió la norma de los bailes de trajes. El gran maestre de la emperatriz celebró uno en obsequio de su soberana, y su hija la condesa Estefanía lo ha descrito detalladamente en su interesante obra *Mi residencia en las Tullerías*: «Nuestras habitaciones estaban convertidas en un jardín encantado, en un parterre de flores por el cual pasaban y repasaban las marquesas y las pastoras, las locuras, los diablos, campesinos, turcos, griegos, gentes de todos los tiempos y de todos los países. Y en medio de esta alegría, de esta animación, la concurrencia se divertía á rostro descubierto, los dominós se paseaban como sombras, evitando en lo posible hacerse conocer. Aquel misterio daba nuevo aliciente á la fiesta, tanto más cuanto que se sabía que bajo aquel disfraz se ocultaban los dos personajes más elevados de Francia.»

A eso de las once bailóse el primer rigodón dirigido por la condesa Charles de Tascher de la Pagerie y compuesto de bailarines con el pelo empolvado. A este rigodón siguió un minué y luego un vals lento y cadencioso.

El segundo rigodón fué dirigido por la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie, y los bailarines, disfrazados de aldeanos napolitanos, llevaban tirsos de flores con los cuales formaron una bóveda. El baile terminó con una tarantela que fué repetida por aclamación.

En seguida se vió avanzar lentamente y á compás unas botellas de champagne gigantes, cuyos tapones saltaron de pronto, y abriéndose de arriba á abajo, dieron paso á unos marineros que se pusieron á bailar. La fiesta concluyó con una suculenta cena. La joven emperatriz se distraía mucho en estos bailes tan pintorescos y animados, cuyo bullicio y alegría jamás traspasaban el límite de las conveniencias.

En resumen, la corte del segundo emperador, á pesar de toda su magnificencia, de todo su lujo y de todo su esplendor, no desdecía de los sentimientos igualitarios innatos en Francia, porque esta corte, por fastuosa que fuese, no tenía privilegios, ni desde el punto de vista político ni desde el social. No había mayorazgos, ni derechos de primogenitura, ni asientos hereditarios en el Senado, ni taburetes para las duquesas ni prerrogativas para los títulos del Imperio. Un

plebeyo, hijo de sus obras, un literato, un erudito eran mirados en las Tullerías lo mismo que un hombre perteneciente á la más rancia nobleza. El emperador escogía para oficiales de órdenes á los militares de mejor nota; se cuidaba de su mérito y nunca de su origen. A pesar de su etiqueta y de sus elevados cargos, la corte de Napoleón III no era en modo alguno una corte de antiguo régimen. La aristocracia que en ella figuraba era una aristocracia de superficie que nada incompatible tenía con las condiciones de la sociedad moderna y con los principios de 1789. Por esto la mayoría de los parisienses, por lo general de carácter levantisco, veían sin disgusto los esplendores de una corte que les ofrecía un brillante espectáculo sin atacar sus derechos ni constituir en su detrimento una camarilla desdeñosa. En el fondo el segundo Imperio no fué más que una transacción entre dos sistemas políticos opuestos, una transición entre la monarquía y la república. Causa extrañeza el que Napoleón III no hubiera imitado el ejemplo que Napoleón I diera en los primeros años de su reinado y no hiciera poner en las monedas el nombre de emperador junto al de República francesa. Así habría podido recordar que Francia acababa de aclamar en él al glorioso advenedizo, al demócrata coronado.

En su prisión de Ham escribió á Jorge Sand el 24 de enero de 1845: «Si á los ojos del público me atengo á mi título de príncipe, consiste en que siempre me han disputado este título los hombres y los gobiernos que consideran la revolución francesa como un accidente, y todo cuanto el pueblo estableció de 1789 á 1812 como ilegítimo. Mientras haya en Francia príncipes no rasgaré mi partida de bautismo; pero pasaré con gusto la esponja sobre mi pasado el día en que no reconozca más que ciudadanos.» Esto no impidió que Luis Napoleón se transformara en Napoleón III.

Bien es verdad que no se determinó á derribar la República sin que precedieran largas vacilaciones. En su carácter, en sus ideas y en su política, en la organización misma de su corte de las Tullerías, conservó siempre ciertas tendencias republicanas.